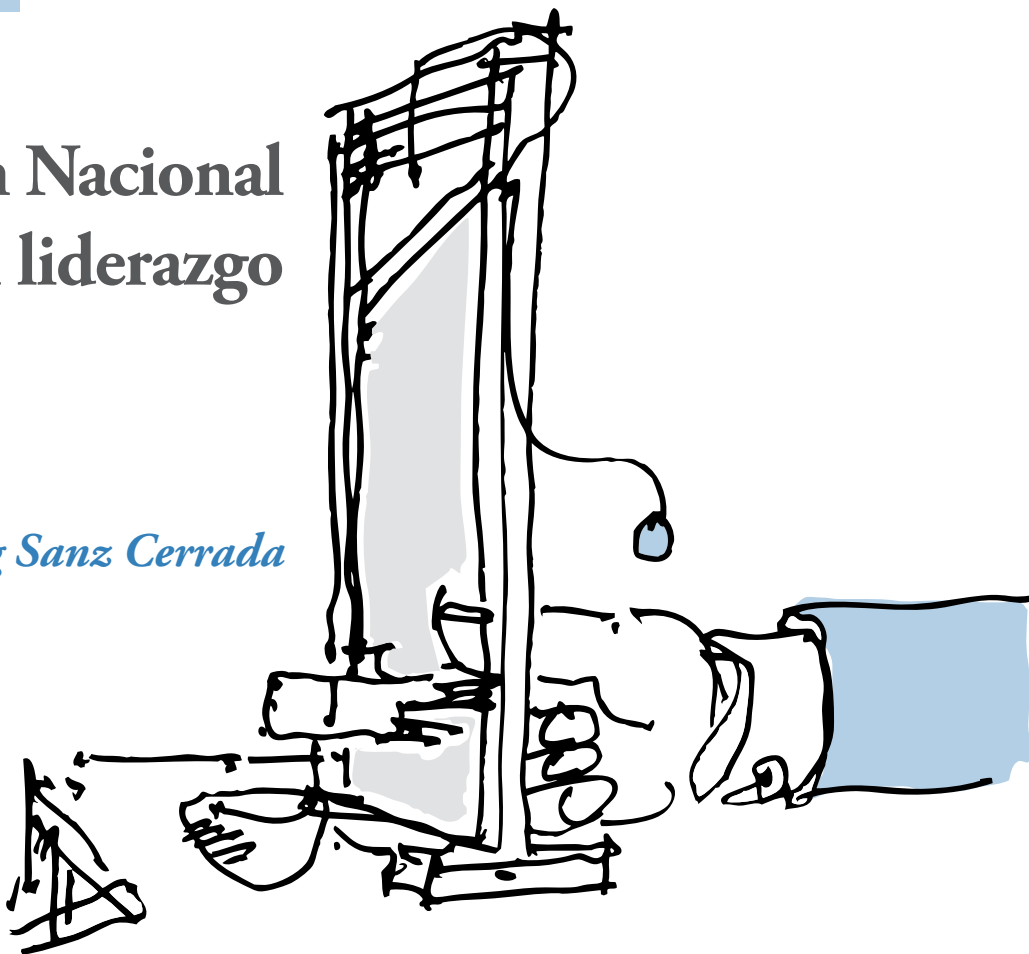


Acción Nacional El carisma y el liderazgo

Federico Ling Sanz Cerrada



La política mexicana y el papel de Acción Nacional

Durante gran parte del siglo XX en México, la política nacional dirigida por un partido hegemónico cumplía la función de ordenar la repartición del poder entre la élite política del país. La columna vertebral del sistema político recaía en un presidencialismo exacerbado que desde la cúpula controlaba todos los sectores nacionales y cuyo brazo operativo, el Partido Revolucionario Institucional, se encontraba sumiso a la voluntad del primer mandatario. El sistema político fue armonizado desde un inicio para dar cauce institucional a las demandas revolucionarias y post revolucionarias de principio de siglo, mediante el engranaje de diversos sectores, grupos y colectividades que, bajo el mando presidencial, habrían de recibir una parte de esa cuota de poder que siempre fue tan prometida.

Al comienzo de este sistema político mexicano moderno, el régimen presidencial y de partido hegemónico tenía la capacidad para adaptarse a las demandas sociales que los ciudadanos manifestaban. Al amparo de este poder unipersonal

muchas fortunas empresariales se acumularon, inmensos privilegios tuvieron lugar para diversos grupos, especialmente los sindicatos y los gobernadores de las entidades federativas no eran más que instancias operativas del mando único y total.

Los poderes fácticos en México, como la Iglesia y el Ejército, se encontraban sometidos a la voluntad del régimen, mediante el intercambio de prebendas y privilegios para su gremio, así como el respeto a ciertas agendas temáticas definidas y que no eran cuestionadas por el sistema. En el caso empresarial y del sector privado, el contubernio del capital con el poder político era casi una obligación para todos aquellos que quisieran tener éxito; y normalmente sucedía así, pero el éxito económico iba acompañado de la obligación de legitimar al sistema político, incluso aunque éste fuera antidemocrático.

La existencia de la sociedad civil organizada era nula prácticamente. Todo intento de protesta o de disenso al interior del sistema político era

sofocado: ya fuera por los medios de la cooptación o de la eliminación. La ignorancia y el analfabetismo, combinados con un absurdo paternalismo de Estado y el clientelismo de gran parte de la población, evitaban que mayores protestas surgieran a la luz. Todo era incorporado al régimen o bien, eliminado por completo de la esfera nacional. Esta ignorancia cultural y política de la población, en parte provocada y auspiciada por el propio sistema político, fungía como mecanismo de control social y político, y en algunos casos, económico. La falta de oportunidades fuera del régimen era notoria y la deslealtad era severamente castigada. En esta inopia cultural de la población mexicana, las válvulas de escape para quienes no comulgaban con el régimen se hacían escasas. El régimen, con estos mecanismos de control, mantenía al país funcionando. No obstante, el pueblo mexicano se fue pauperizando cada vez más, y no solamente en términos patrimoniales, sino culturales, educativos y hasta espirituales.

En este ambiente que se prolongó durante aproximadamente setenta años surgió el Partido Acción Nacional. En el año de 1939, durante el mandato presidencial de Lázaro Cárdenas del Río, un grupo de mexicanos académicos y pensadores en cierto sentido, encabezados por Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna fundaron en septiembre su proyecto político. Le denominaron Acción Nacional, porque la filosofía de Gómez Morin tenía como eje principal la acción que opera, que es práctica, que se pone en marcha y actúa; y evidentemente nacional porque su acción debe abarcar todos los rincones del país. El sistema de reclutamiento de militantes para este nuevo partido fue sumamente selectivo y las recomendaciones se pasaban de “boca en boca”. Actualmente el partido mantiene una política de afiliación individual (están prohibidas las afiliaciones masivas) y se debe acreditar un curso básico de doctrina partidaria.

Fue definido como un partido humanista, porque promovía el “humanismo político”, es decir, una doctrina filosófica que descansaba en cuatro pilares fundamentales: la dignidad de la persona

humana, el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad. En este sentido, la filosofía política del Partido Acción Nacional fue de centro izquierda, porque privilegiaba el bien colectivo por encima del bien personal y consideraba que la sociedad debería ser solidaria para lograr el desarrollo, sin demérito de la función del Estado para intervenir allí donde la sociedad no lograba penetrar: “tanta sociedad como sea posible y tanto Estado como sea necesario”, reza una repetida frase al interior del partido.

Acción Nacional enfrentó el reto de ser un partido político con una doctrina que dignificaba al ser humano con valores y principios como la solidaridad en un entorno político que justamente buscaba convertir al ciudadano para que dependiera siempre de lo que recibía del régimen. En lugar de dotar al ciudadano de herramientas políticas, económicas y sociales para convertirse en factor de desarrollo, lo enajenaba para volverlo inválido y controlarlo más fácilmente. La batalla del Partido Acción Nacional no solamente era política, sino cultural. El cambio político que el partido buscaba se habría de detonar mediante la transformación cultural de la sociedad mexicana.

El nuevo partido político habría de ir contra la corriente del sistema político mexicano, para modificar el pensamiento social de la nación mediante el humanismo político, y de esta manera conseguir la transformación nacional. Como se afirma, la tarea planteada tenía un cariz cultural y durante largo tiempo, la batalla que Acción Nacional libró en la esfera política fue meramente testimonial. Había que empezar para enseñar al pueblo mexicano que las cosas se podían hacer de otra manera y que en este sentido, la lucha política que estaba librando, aunque era modesta al principio, rendiría los frutos esperados; quizá no los políticos inmediatamente, aún más los culturales y de pensamiento.

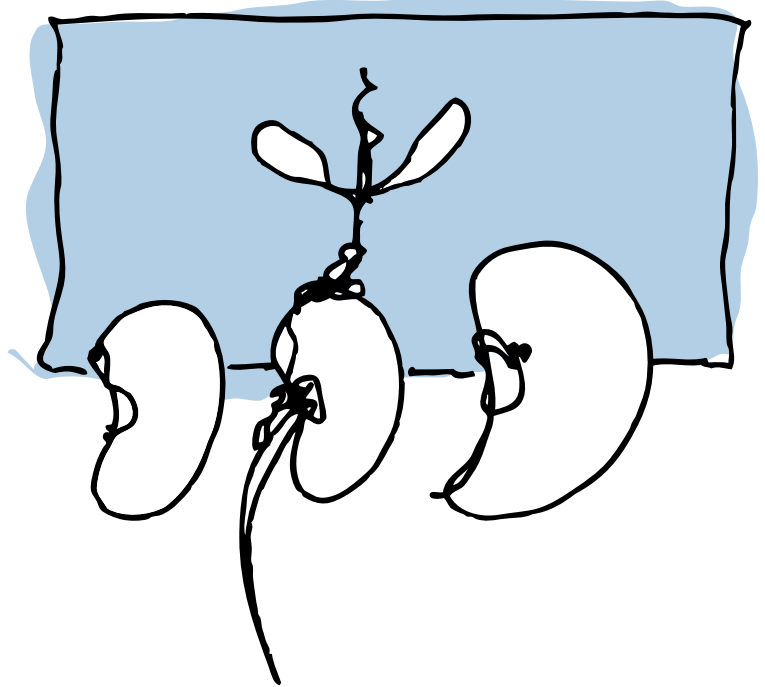
El Partido Acción Nacional consolidó su trayectoria política y se asentó como uno de los actores del sistema político mexicano más importantes. Durante mucho tiempo enfrentó procesos de cambio y renovación internos, hasta convertirse

en una opción política viable que en el año 2000 conquistó la Presidencia de la República y que ratificó al siguiente sexenio. Acción Nacional habría obtenido una victoria electoral en un entorno político adverso. La victoria cultural, o bien, alguna parte de ella, estaba inmersa en ese triunfo.

El cambio de pensamiento de la sociedad mexicana, así como la liberalización política del régimen que había comenzado varios años atrás estaba dando resultados. El sistema político mexicano, aquél que se adaptaba a las demandas sociales y a las exigencias de la población se había vuelto esclerótico y cada vez más rígido. El partido hegemónico representaba cada vez menos a un sector importante de la población y el crecimiento de una clase media independiente y sin filiación política terminó por poner punto y aparte a la tradición de la presidencia omnímoda en México. El cambio cultural había comenzado y por ende, se había detonado un fuerte incentivo para el cambio político: México podía ser distinto y en esta ocasión, la población comenzaba a creerlo.

Un partido político con liderazgo y carisma en un sistema político cerrado

El liderazgo del Partido Acción Nacional estaba fuertemente enraizado en el carisma personal de quienes fueron y hoy siguen siendo sus líderes. Parte del espíritu que impregna a Acción Nacional es aquel que se transmitió de sus dirigentes directamente al alma del instituto político. Este fue el origen del carisma del nuevo partido. Desde sus inicios en 1939, los fundadores del PAN, Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna imbuyeron al instituto de un espíritu propio que en realidad era el de ellos mismos. Le inyectaron su propia esencia y durante largo tiempo, la identidad del Partido era un fiel reflejo de aquellos quienes le dieron origen. Se ha afirmado anteriormente que el nombre de Acción Nacional provenía de la visión que tenían los fundadores para actuar en su vida personal y política. Y al construir el andamiaje de pensamiento e ideológico que soporta a Acción Nacional, le dotaron y proyectaron esa visión propia. Y al reclutar a los



nuevos militantes del Partido Acción Nacional se cercioraron de que dicha visión tuviera eco en los nuevos afiliados.

Como no eran muchos al principio y los cuadros del partido fueron creciendo a paso lento, el carisma de los líderes de Acción Nacional fue permeando poco a poco en las conciencias políticas de sus miembros y en la conciencia misma de la institución. Los militantes se iban convenciendo, debido a un acercamiento personal con los líderes, que esta visión de la política y de la sociedad podría devenir en cambios importantes para México. La semilla de la transformación política estaba presente y existía un espíritu receptivo en aquellos que formaron parte del proyecto. A su vez, aquellos militantes que habían sido transmitidos de este espíritu se encargaban de hacer lo propio y diseminar lo aprendido con los nuevos miembros.

La lógica de acción política en el partido estaba pensada de modo específico y tenía destinatarios sumamente concretos. Primero, comenzó por convencer a aquellos sectores de la sociedad

que eran proclives a creer en la forma de hacer política de Acción Nacional. Quizá esta sea la razón de por qué se volvió un partido con cuadros de centro derecha, a pesar de que sus principios ideológicos son de centro izquierda: fueron las clases medias y conservadoras de la sociedad mexicana las que simpatizaban con el instituto político. De forma coincidente y sin que sorprenda demasiado, eran también los cuadros universitarios y los que contaban con mayores niveles de estudios quienes resultaban proclives a esta doctrina. Lo anterior tal vez se deba a que justamente podría existir una correlación positiva entre mayor escolaridad y mayor nivel de demanda y exigencia social o política. Una de las posibles causas de esta correlación podría deberse también a que la formación de un pensamiento crítico provocaría el aumento en la demanda y las exigencias legítimas frente al sistema político.

En este sentido, el Partido Acción Nacional siempre propició la conciencia crítica de sus miembros y militantes. Justamente era esto lo que podría comenzar a cambiar en la forma de pensar de la sociedad mexicana. En la medida en que la población cuestionara y se preguntara cosas sobre su propia realidad política y personal, tal vez accedería a una posición de acceso para ver el proceso de cambio político y de transición como una posibilidad real y no solamente como una mera fantasía futurista. Y mientras este cambio en la visión de la realidad y la sociedad fuera permeando cada vez más en la conciencia de los mexicanos, la opción política que representaba el Partido Acción Nacional se volvería más fuerte y más viable.

Y justamente, parte del enorme arraigo de esta visión de la realidad política y social del Partido Acción Nacional deviene del ejemplo de sus liderazgos, es decir, del carisma que poseían. Al educar con el ejemplo, los fundadores y primeros militantes daban testimonio de una lucha que sabían que tomaría décadas, pero que valdría la pena realizarla para tratar de cambiar a México. Y así sucedió. El ejemplo de los primeros cuadros de Acción Nacional se plasmó intensamente en

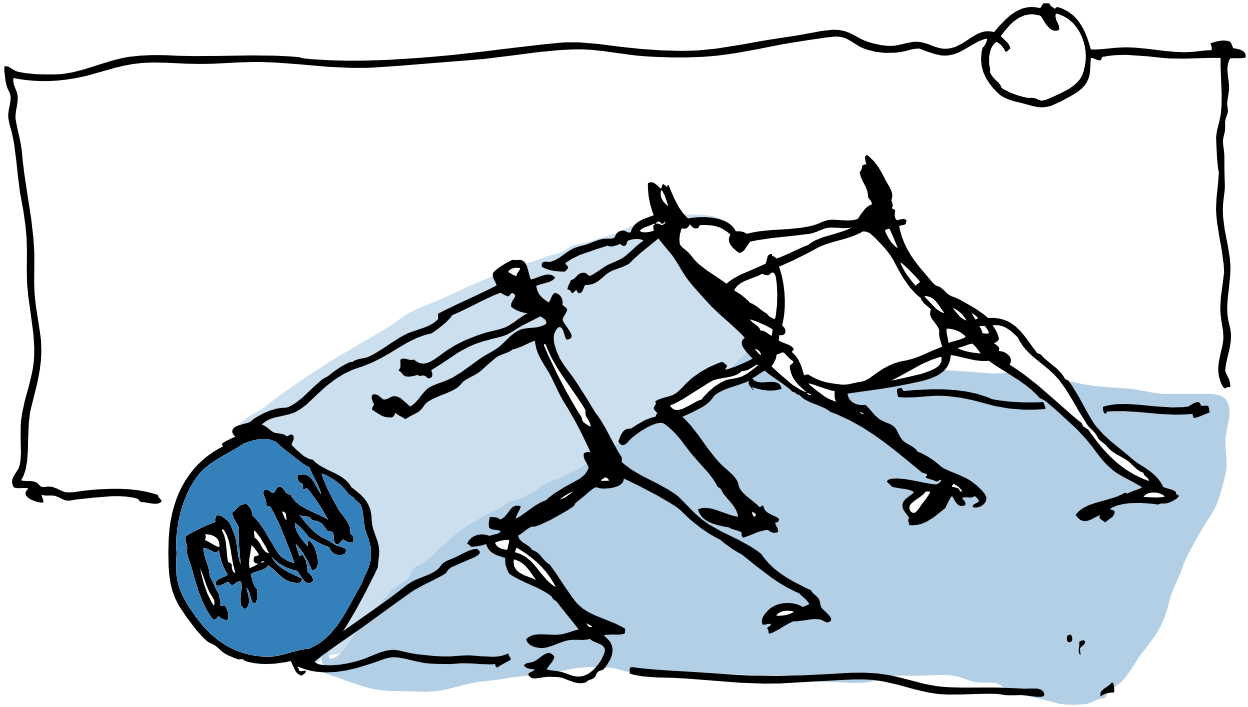
el espíritu del instituto político. Una posible razón de por qué esto sucedió, es que probablemente era lo único –y a la vez lo más sólido– que el partido podía ofrecer de manera real a quienes simpatizaban o militan dentro de él.

La opción de un cambio cultural y de una preferencia, no solamente política, sino social e ideológica, dotaba al partido de un factor común a sus miembros: que la lucha era testimonial al principio, que tenían la firme creencia que era la mejor manera de cambiar las cosas y que había un espíritu que les era común y por el que valía la pena realizar importantes esfuerzos.

En la medida de lo anterior, la representación de ese espíritu carismático y de ese liderazgo se vio concretado en algunos personajes específicos, que al tener nombre y apellido volvían tangible la idea que subsistía en el inconsciente de sus miembros. Resultaba sumamente importante mirar al espejo de la realidad y verse en la persona del líder que compartía el mismo espíritu y que con su ejemplo, seguía dando testimonio de lo mismo que le era común al resto. Y entonces, la figura del líder se volvía fundamental para los proyectos políticos y para las plataformas electorales.

Durante diversas y muchas campañas electorales, la cantidad de votos que Acción Nacional obtenía, sobre todo al inicio de su vida como instituto político, era francamente ridícula y no constituía una opción viable de cambio y alternativa política para el votante. No obstante, el testimonio de aquellos líderes de Acción Nacional contribuía a formar esta conciencia común que sería compartida entre todos los miembros del partido y por tanto, generaba una identidad partidista determinada. Por esa razón, los líderes carismáticos del partido dotaban de una identidad clara y definida al instituto. Y precisamente porque el PAN siempre se preocupó de cultivar dicho ejemplo del carisma, fue lentamente expandiéndose, como quien cuida celosamente del lugar para donde planea crecer.

El liderazgo carismático del Partido Acción Nacional se vio reflejado en sus líderes. La concordancia entre uno y otros era prácticamente



ideal. Lo que se promovía en las pláticas doctrinarias del Partido era ejemplificado por su liderazgo. La congruencia histórica de Acción Nacional le dotaba de legitimidad frente a un sistema que era duramente cuestionado por autoritario y antidemocrático. Es por lo anterior que la batalla de Acción Nacional no podría haber sido solamente política, sino cultural.

De haber dado una batalla sólo política, probablemente el Partido habría sido cooptado por las fuerzas del régimen y hubiera sido incorporado, de buena o mala manera al sistema de partido hegemónico de la "presidencia imperial". Pero no fue así, y justamente porque esta lucha de Acción Nacional fue mucho más allá de los términos convencionales fue que pudo arraigarse en la conciencia de varios ciudadanos. Acción Nacional avanzó con paso lento y moderado, pero hasta antes de llegar al poder, escogiendo bien todas y cada una de las batallas que habría de librar, ya fuera con su adversario político o con la ignorancia que no permitía que los mexicanos cambiaran su forma de ver la realidad. Su propia realidad.

La presencia de actores clave a lo largo de la historia política de Acción Nacional se puede

rastrear de forma sencilla. Los liderazgos que han impactado de forma importante en la vida del partido están presentes en las anécdotas de sus militantes. Conforme el partido fue creciendo y transformándose, poco a poco los portadores de esas historias también lo hacían junto con él. No resulta gratuito que precisamente las personas que dirigieron al partido desde posiciones concretas hayan sido, en cierta medida, los principales portadores de esa insignia carismática. Se convirtieron en referente y por eso resulta tan importante mencionar el papel que jugó el liderazgo carismático en la formación, vida, evolución y transformación de Acción Nacional.

Se debe mencionar sin embargo que no siempre los liderazgos han jugado el papel descrito. También los ha habido perjudiciales para la vida institucional misma del partido. Cuando un líder está por encima de las reglas del juego institucionales, entonces podría llegar a considerar que por ende, tiene derecho a saltárselas; no comprende que precisamente lo que lo hace ser líder es justamente el espíritu que comparte con los demás, y no su posición propia. Cuando se confunde esta última, entonces, todo parece

destruirse, pues la vida institucional del partido pareciera no ser tan fuerte como se dice.

Y allí se tienen ejemplos históricos de importantes escisiones, a manera de “cisma”, donde algunos de estos líderes, extralimitándose, han decidido romper con el partido e iniciar un propio camino; y así como un liderazgo puede unir, también contribuir para una franca división y estancamiento del propio partido. En este último caso se estaría presenciando una “cooptación cultural” por el antiguo régimen, donde se vuelve parte de un sistema ineficiente, pero que acalla todo tipo de protesta y cumple los “caprichos” y exigencias sociales para evitarse mayores problemas.

Justamente la figura del liderazgo carismático opera en ambos sentidos. Puede contribuir a dotar a la institución de un espíritu común y basado en el ejemplo y los principios, o bien, puede convertirse en una influencia manipuladora que busca solamente el beneficio propio. En este sentido, nadie duda del carisma de grandes líderes históricos que ha tenido Acción Nacional y que contribuyeron para fortalecer al Partido institucionalmente. Porque trascendiendo las barreras de las reglas institucionales, dotaron al Partido de fortaleza y lo hicieron, justamente, cada vez más institucional y basado en reglas claras y democráticas. Pero por el contrario, también los ha habido manipuladores. Los que buscan, precisamente, pasar por encima de las reglas institucionales y democráticas utilizando su capacidad de influencia, pero no para fortalecer a la institución, sino para obtener un provecho personal, producto del chantaje, la división o el engaño.

Un liderazgo que sea capaz de influir en la organización y fortalecer su espíritu democrático es un liderazgo carismático en un partido político. Y a su vez fortalecerá el andamiaje institucional del mismo. Pero un liderazgo que vulnera los mecanismos institucionales del partido para un provecho personal, que divide o que manipula a los miembros de la organización para obtener mayores beneficios, resultará devastador. Y así como un líder carismático puede detonar el crecimiento y el fortalecimiento de la institución en grados superlativos, en el sentido opuesto, el

daño que se puede hacer por una personalidad nociva para la institución también será sumamente grande y profundo.

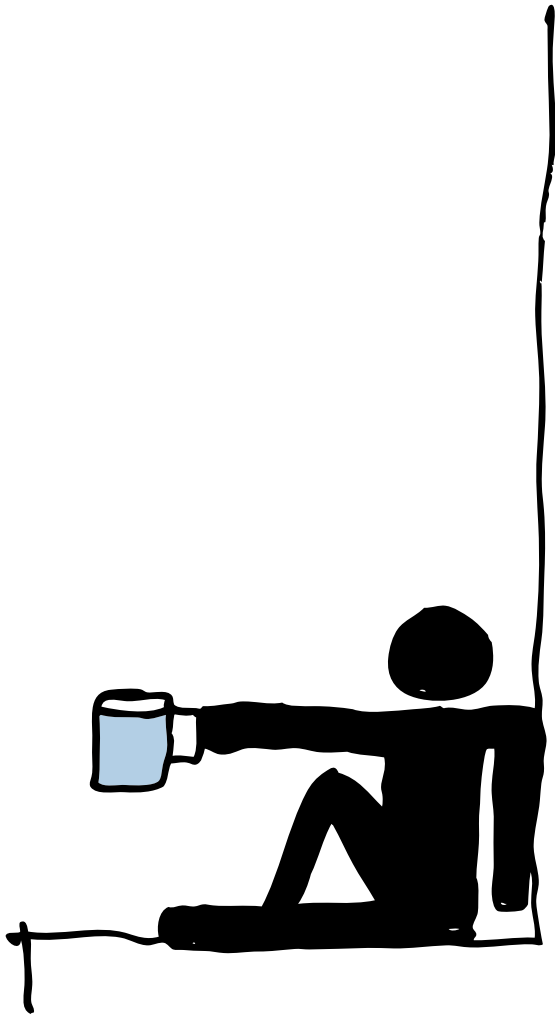
La legitimidad del liderazgo de Acción Nacional

Como se ha afirmado anteriormente, el liderazgo de Acción Nacional fue carismático y sumamente eficiente para permear en todos los niveles de la organización y generar un espíritu común dentro de los panistas que los unificaba a todos. Dado que dichos liderazgos contribuían al fortalecimiento mismo de la institución y las reglas institucionales, era por tanto legítimo y apreciado entre los militantes y hacia afuera también. El liderazgo que Acción Nacional ejercía como partido político y su influencia en el sistema político mexicano, también era un motivo para generar legitimidad como institución política, pues los ciudadanos en el país pudieron apreciar que el Partido siempre jugó como un actor que se regía por las normas y las leyes, buscando siempre la democratización del régimen.

En este sentido, el Partido buscaba el bien común de la nación, por encima del bien común del instituto político. Esto generaba la percepción de que el Partido, como si fuese una persona, estaba pensando primero en el bienestar nacional más que en el propio. De esta manera se volvía también un partido que ejercía un liderazgo carismático en la ciudadanía –al menos en una buena parte de ella –y por tanto, era legítimo y a su vez legitimaba al sistema político por la influencia que ejercía.

En este sentido, valdría la pena retomar el significado de la legitimidad para la ciencia política, y tomando como referente a un politólogo reconocido como Seymour Lipset, se puede establecer que “la legitimidad política implica la capacidad de un sistema político para generar y mantener la convicción de que las instituciones políticas existentes son las más convenientes o apropiadas para la sociedad” (Lipset, 2001, p. 130).

Tomando en cuenta lo que dice Lipset sobre la legitimidad, podríamos afirmar que Acción Nacional como partido que ejerce un liderazgo



carismático y los líderes carismáticos de éste, generaban la convicción tanto en los ciudadanos como en los militantes respectivamente, de que la forma de ser y actuar del instituto político –carismáticamente– era la más conveniente o apropiada para la sociedad o para la organización. En ese sentido, la legitimidad se generaba hacia adentro y hacia afuera del propio instituto. Los militantes, al aceptar y reproducir las enseñanzas y prácticas de sus líderes carismáticos avalaban a esta conducta como la mejor forma de expandir la influencia de su partido político. Y el propio sistema político mexicano, al permitir que el Partido Acción Nacional creciera y cultivara políticamente a un importante sector de la población, aceptaba tácitamente como válido su actuar. Luego entonces, mientras esto sucedía de esta forma, el Partido y sus miembros gozaban de extensa valía y legitimidad.

No sucede lo mismo cuando los líderes o el propio partido utilizan esta influencia y capacidad para manipular las conductas de otros militantes o de los ciudadanos, buscando solamente el beneficio propio. Cuando un líder ha decidido romper con el partido, dividir o llevarse ciertos grupos sociales “fuera del partido” solamente porque no obtuvo cierta posición, está perdiendo la legitimidad que un líder puede tener en estas situaciones. O bien, cuando el partido toma decisiones políticas para beneficiarse él por encima del país, pierde toda credibilidad ante la ciudadanía. Luego entonces, el consenso social es que esas prácticas no son, y lejos están de serlo, las más apropiadas para la colectividad.

En otro orden de ideas, otra expresión de la legitimidad es aquella que David Easton explica claramente en su teoría cuando afirma que “si se toma en cuenta la teoría de sistemas para el análisis político y se entiende el método utilizado, los inputs, los outputs, el feedback, etc., podemos inferir que la legitimidad política está en función de cómo resuelve un sistema político los problemas a los que se enfrenta una sociedad” (Easton, 2001, p. 229).

En este sentido, el Partido Acción Nacional generó resultados concretos hacia dentro, en la figura de sus liderazgos, y hacia afuera, en los resultados que poco a poco fue creciendo electoralmente. En el interior del Partido, los liderazgos lograron fortalecer al Partido desde dentro y volverlo institucional. Hacia afuera, logró mayor apoyo electoral e influyó para que existiera una apertura democrática. Observando estos resultados, se puede decir entonces que, la forma y el actuar político de Acción Nacional, era legítimo. Y esa legitimidad, una vez más, estaba puesta en la influencia que ejercía de manera carismática.

Esta legitimidad que generó Acción Nacional la podemos encontrar en algunos teóricos de la sociología o la ciencia política como Max Weber o Angelo Panebianco. Este último retoma al sociólogo alemán y establece una hipótesis interesante que se mencionará a continuación, pero donde además involucra la variable de

la institucionalización. El nivel de institucionalización es importante, porque es una de las variables que nos hablan del grado de crecimiento y madurez del partido político. Asimismo nos dice qué tanto estos liderazgos carismáticos han contribuido para que el Partido se encuentre cada vez más institucionalizado, y por ende, juegue con las reglas democráticas del sistema en el que se encuentra inserto.

Angelo Panebianco afirma que “el nivel de institucionalización incide, como ahora ya sabemos, sobre el grado de cohesión de la coalición dominante. Un alto nivel de institucionalización lleva aparejada la existencia de una coalición dominante cohesionada (con grupos poco organizados o tendencias), mientras que a una institucionalización débil corresponde una coalición dominante dividida (con grupos fuertemente organizados y facciones estructuradas a nivel nacional o bien subcoaliciones). Sin embargo, el grado de cohesión es sólo uno de los factores que contribuyen a definir la configuración de la coalición dominante o de un partido. Los otros factores que influyen son su grado de estabilidad y el mapa de poder en la organización” (Panebianco, 2000, p. 315).

En este sentido, Panebianco habla de la coalición dominante, es decir, el grupo de personas que controlan los destinos del partido. Y lo habla en términos políticos, sociales, económicos e ideológicos. Y conforme esta coalición se encuentre mayormente unida, mayor será el nivel de institucionalización de un partido. Y querrá decir entonces que es un partido que ha crecido, que se ha fortalecido y que ha madurado. Se supondría también que es un partido que sigue las reglas del juego político y que además, por estas razones, es legítimo. En el sentido contrario, cuando el partido posee una cúpula desunida, entonces su nivel de institucionalización caerá. La división provocará retrocesos importantes para la organización y su participación formal conforme a las reglas del juego también retrocederá. Pero cabe destacar que Panebianco afirma que el carisma personal es una variable que interviene de forma distinta y dice lo siguiente:

“El Carisma Personal: un caso anormal. El resultado anormal que produce el carisma es otro: Consiste en el hecho de que genera, simultáneamente, una coalición dominante unida a pesar de la ausencia de un proceso de institucionalización organizativa. El carisma rompe, por tanto, el vínculo que habíamos establecido como hipótesis entre el grado de institucionalización y el grado de cohesión de la coalición dominante” (Panebianco, 2000, p. 135).

Lo anterior es muy importante, porque entonces podríamos decir que, a pesar de que un partido sea pequeño y aún no haya alcanzado su grado óptimo de institucionalización, cuando existe el carisma de un líder dentro de la organización querrá decir que este puede convertirse en un factor para unir a la cúpula o coalición dominante y lograr importantes cosas, como por ejemplo, la expansión en el número de militantes, la conquista de ciertas victorias electorales, pero en el caso específico de Acción Nacional, también representa la oportunidad de avanzar su proyecto ideológico buscando la victoria cultural de la que tanto se ha hablado. En el mismo sentido, la presencia de un liderazgo carismático pero en el sentido negativo, es decir, manipulador y que busca dividir, puede hacerle mucho daño a la organización. Esto es porque no depende del grado de institucionalización, sino de los factores que lo trascienden, como el grado de influencia que se ejerce sobre los militantes. Y para perjuicio de la organización, aunque el instituto político se encuentre altamente institucionalizado, la sola influencia de un mal liderazgo podría derrumbar los avances que haya hecho el Partido.

Existe aún otro punto importante que menciona Panebianco: son las “zonas de incertidumbre” en los partidos políticos. Y las define como sigue: “es posible situar las principales zonas de incertidumbre en un número bastante limitado de actividades vitales para la organización. Seis son, esencialmente, los factores en torno a los cuales se desarrollan actividades vitales para la organización: la competencia (división del trabajo), la gestión de relaciones con el

entorno (mercado, electores, organizaciones, etc.), las comunicaciones internas (canales de información), las reglas formales (estatutos), la financiación de la organización (recursos económicos) y el reclutamiento (afiliación de nuevos militantes” (Panebianco, 2000, p. 84).

Dado lo que establece Panebianco sobre las zonas de incertidumbre, se podría decir que cuando un liderazgo carismático al interior del partido político logra cubrir una buena parte de esas zonas de incertidumbre y dotarlas de la certidumbre necesaria para que la organización funcione, se legitima; por tanto, lo hará también al exterior. Porque el liderazgo es capaz de permear todas esas esferas e influir de forma importante.

Por último, sobre la legitimidad que un liderazgo carismático puede tener al ejercer su influencia se podría mencionar lo que Scheufele y Moy establecen de la opinión pública y de los elementos de legitimidad que la componen: “... concibe a la opinión pública como “racionalidad”, lo cual le da un carácter de “instrumental” en la toma de decisiones democráticas. La opinión pública como racionalidad es el “juicio social alcanzado de algún asunto general o ciudadano después de que ha sido objeto de una discusión pública racional y consciente” (Scheufele y Moy, 2000, p. 5). Y en este sentido, la legitimidad de un liderazgo que ha permeado las barreras institucionalizadoras de la propia organización y de las mismas zonas de incertidumbre que hay al interior, también se construye con elementos de opinión pública. No solamente la sociedad creará que ese mecanismo que la organización tiene (el carisma del líder) para resolver sus asuntos es el mejor, sino que además, se expresará en términos de opinión pública, o lo que es lo mismo, construye su significado con todos estos elementos. No solo es sabido en la conciencia de las personas, sino que además se concreta, y se puede medir y por tanto tiene una expresión definida.

El carisma y el liderazgo de Acción Nacional en la vida de hoy

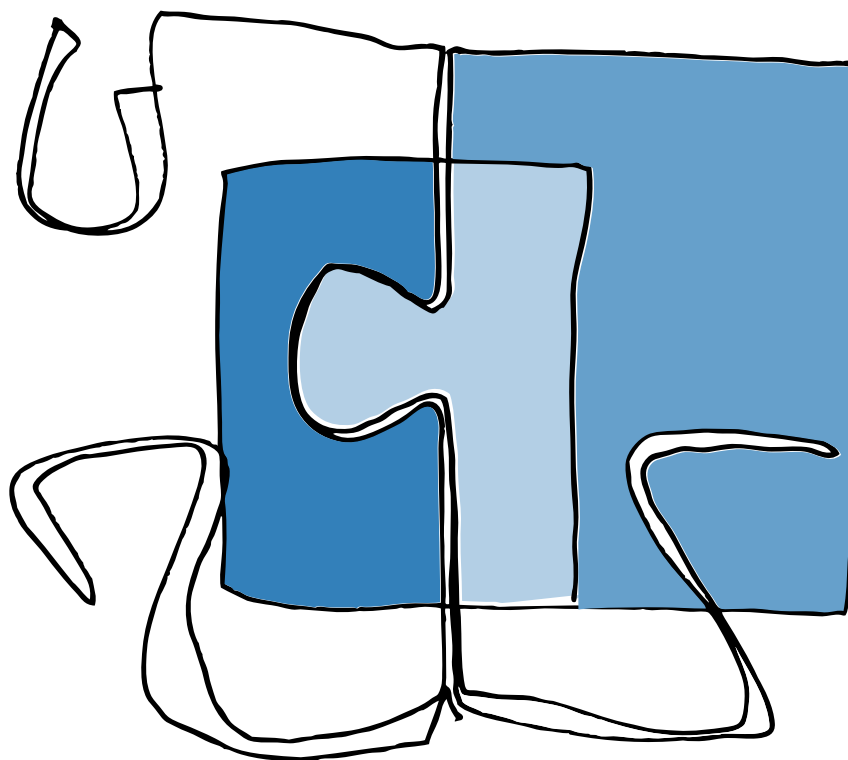
Actualmente el Partido Acción Nacional enfrenta una crisis de liderazgo. Ha perdido gran parte del carisma que lo caracterizó durante largo tiempo. Y en parte esto podría explicarse por la llegada al poder en el año 2000. La razón de esto es porque justamente perdió la brújula de la batalla cultural que estaba librando.

Acción Nacional tenía claro que su lucha contra el régimen autoritario no solamente era política, sino cultural. Tenía que transformar a profundidad las estructuras de pensamiento social y político para acceder al cambio que tanto esperaba. Al conquistar el poder en el año 2000 consiguió el cambio y la alternancia política. Probablemente se deba al debilitamiento del régimen autoritario, al crecimiento de una clase media más crítica en México, un aumento en los niveles educativos y socioeconómicos en el país para ser menos dependientes de las dádivas del antiguo gobierno y a un cambio en la manera de pensarse como sociedad, es decir, acceder a pensar que se pueda votar de forma diferente. Y esto ha dado origen a nuevos gobiernos emanados de Acción Nacional.

Pero esto no significa que el cambio se haya concretado en materia cultural. Sin duda hay ciertas batallas importantes en este terreno que se han ganado y con creces, por ejemplo, la posibilidad de votar por un partido diferente, la apertura para la transparencia de la información, o la participación en ciertos asuntos por parte de las organizaciones de la sociedad civil (como el tema de seguridad). Pero se necesita mucho más que eso.

Se requiere que este cambio cultural efectivamente haya permeado hasta el fondo y se profundice en el tema. Que quede impregnado en lo más hondo del pensamiento. El impacto cultural no es sencillo, porque requiere primero que exista un compromiso personal al respecto.

Actualmente el Partido Acción Nacional se encuentra profundamente dividido. Los liderazgos que ha tenido han sido influencias positivas



y negativas. En un sentido, han llevado al Partido hasta conquistar el cargo más importante del país (la Presidencia de la República), pero, por otro lado, también la personalidad de algunos líderes que solamente buscan una posición personal y que manipulan a los militantes ha provocado serios enconos y divisiones que han estancado a la organización en términos de avances y expansión electoral. Cuando esto sucede y la cúpula se divide de esta forma, es complicado avanzar en los procesos que pueden hacer crecer al Partido mismo. Electoralmente se derrumba y no hay margen de maniobra como dique de contención ante la catástrofe.

Prueba de ello, podríamos encontrarla en las elecciones federales del año 2009, cuando Acción Nacional perdió la mayoría relativa que tenía en la Cámara de Diputados y varios otros cargos importantes que se compitieron en elección al mismo tiempo. Panebianco estableció en su hipótesis que cuando un partido perdía electoralmente los avances que ya había ganado, es

decir, que tenía retrocesos electorales y estancamiento, se debía en gran parte a que la coalición dominante del partido se había desunido. Y cuando la división persiste, se pierde lo ganado. Panebianco dice también que el carisma personal puede sobreponer esta situación, pero esta es otra prueba de que Acción Nacional ha perdido gran parte de sus liderazgos carismáticos, o bien, que la división de los líderes y dirigentes, así como de aquellos referentes que daban certidumbre y legitimidad al Partido está llevándolo a la bancarrota política.

Acción Nacional ha tenido que hacer algunas alianzas con la fuerza política opositora que más distancia ideológica tiene del partido. Solamente así ha conseguido su objetivo de ganar algunas posiciones importantes y no caer en el barranco electoral. No obstante lo anterior y que ha sido duramente criticado por ello, ha decidido permanecer en esta línea de acción política. Precisamente por esto, podría argumentarse que la coalición que rige al interior del Partido se

encuentra gravemente desunida y dividida. De otra forma no habría necesidad de aliarse con un partido político tan distante ideológicamente si no fuera porque se encuentra en graves apuros.

Al enfrentar la división de sus liderazgos y la pérdida del carisma político que buscaba vencer en la batalla cultural, Acción Nacional se debilitó frente a otros actores externos: la oposición política. Primero, la que quiere volver a gobernar a México, con supuestas y diferentes prácticas que las de antaño, o bien, segundo, la que quiere gobernar a México desde un proyecto alternativo y radicalmente opuesto, al menos en el discurso. Asimismo, los enemigos a la gobernabilidad y los roles públicos que el Partido ha tenido que jugar con sus mejores cuadros dentro del Gobierno Federal ha debilitado también enormemente la brújula del instituto político en esta lucha política, social, cultural e ideológica.

Prospectivas de un liderazgo carismático

En este orden de ideas, Acción Nacional tiene frente a sí dos escenarios. No existen los escenarios intermedios en este caso. El primero podría describirse como una reestructuración, casi una deconstrucción del partido político. Necesita volver a plantearse sus objetivos ideológicos primero, y devenir de estos los políticos. Primero tiene que definir el rumbo y posteriormente ponerse en marcha. No le servirá en este caso, empezar a realizar cosas que no tiene claro para qué las hace. Pero necesita derrumbar algunos vicios y superar la división. Acceder y abrir la puerta a repensarse de nuevo. El Partido Acción Nacional, en este caso concreto, debe acceder a un ejercicio de autocrítica serio y profundo, que le permita descubrir algunos vicios y causas de su estancamiento político y cultural. Y una vez identificados éstos, volver a pensarse como un partido político capaz de ofrecerse como opción no solamente de acción política, sino que provea de todo un andamiaje de pensamiento social e ideológico que le de un rumbo cierto a su actuar.

De cumplirse lo anterior, el partido político tendría que eliminar prácticas antidemocráticas, como la imposición de candidatos, o bien, hacer a un lado la división que impera entre sus coaliciones dominantes, ya sea nacional o locales. Realizado el ejercicio serio de autocrítica, debe concentrarse en todos aquellos errores y malas prácticas que lo llevaron a un escenario poco favorable en términos electorales, a escándalos de corrupción en otros casos, al sabotaje entre los mismos miembros de la organización y al abandono del partido por buscar posiciones gubernamentales o de otra índole.

El Partido, si logra eliminar y repositonar lo anterior habrá dado un primer paso para su renovación. Seguido de ello, tiene la obligación de definir un rumbo claro de a dónde ir. No es sencillo, porque tiene que definir de forma profunda y honesta el destino ideológico y político de la institución. En este caso es tan importante hacerlo así, porque entonces podría también volver a delinear un perfil de su militancia. Evitar los vicios que dieron origen a todo lo que ahora sucede.

En este escenario, además, las cúpulas partidarias y las áreas y personas que integran la coalición dominante se volverían a unir para trabajar en conjunto por los objetivos descritos anteriormente. Dado el rumbo cierto, en términos ideológicos y políticos, es decir, definidas cuáles son las batallas que Acción Nacional quiere librar ahora, tanto culturales como políticas, será más sencillo encontrar puntos en común con los demás. En este sentido, un partido que vuelve a institucionalizarse, que encuentra objetivos comunes y cuya coalición dominante vuelve a unificarse de forma sólida, seguramente será un partido en expansión y crecimiento otra vez. Podrá volver a conquistar importantes posiciones políticas, pero también habrá ganado importantes batallas culturales. En todo sentido, este escenario es lo mejor que podría suceder para el Partido mismo. Por tanto, el surgimiento de nuevos liderazgos carismáticos al interior del Partido será casi inherente a este proceso de renovación. Nuevos líderes y el carisma de estos podrá jugar un

papel fundamental en la construcción de un nuevo instituto político. Una vez más, líderes que como en el pasado, sean capaces de permeare en todos los niveles de la organización y de los miembros y de imprimir en éstos el propio carisma, transmitirlo como propio, y encontrar nuevos puntos de acción ideológica y política en consecuencia.

El escenario menos favorable, o negativo, por decirlo así, es precisamente el opuesto; uno donde los líderes nunca accedan a un ejercicio de autocritica y de pensamiento profundo sobre las causas principales de los retrocesos que ha tenido Acción Nacional. Un escenario donde el Partido continúe con ciertas prácticas nocivas como la imposición antidemocrática de candidatos, la corrupción en sus gobiernos o la falta de mística e ideología en sus gobiernos y acciones políticas. En ese caso, está condenado a encontrarse con más derrotas y con más obstáculos para su crecimiento, que en todo caso podrían llegar a ser retrocesos. En este escenario negativo, la coalición dominante de Acción Nacional permanecería dividida. Los líderes del partido político no podrían encontrar una causa en común que los unificara.

En este caso, la razón principal de este negativo escenario político para Acción Nacional sería, en primer lugar, la falta de claridad ideológica. Al no tener un objetivo culturalmente hablando que alcanzar, no existiría la motivación adecuada para la unidad y posteriormente, la acción política. Cuando el partido es capaz de delinear claramente el rumbo ideológico que habrá de tomar, es más sencillo lograr que exista un motivo por el cual, el partido debe estar unido, más allá de la mera conquista de posiciones electorales. No se trata de actuar políticamente por el simple hecho de hacerlo. Se requiere de dirección y esa brújula solamente la puede dar el sentido ideológico de la batalla. Mientras no se logre lo anterior, el escenario para Acción Nacional seguirá siendo desfavorable.

No existen los escenarios intermedios, porque esta renovación es como un juego de “suma

ceros”, es decir, de todo o nada. O se renueva y se reconstruye, o bien, seguirá por una ruta de descabros. Hay dos escenarios solamente. El actual, o el que podría tener si decide ponerse en esa ruta. Las cosas para Acción Nacional no están perdidas, pero requiere de acciones inmediatas.

Conclusiones

Durante los casi setenta años que el régimen de partido hegemónico imperó en toda la esfera del sistema político mexicano, el Partido Acción Nacional, desde su surgimiento, se fue convirtiendo en la conciencia ideológica dentro del espectro político. Su lucha, más allá de política, era testimonial. Los liderazgos carismáticos que existían al interior del Partido permearon este espíritu en todos sus integrantes y en toda la institución, siendo después los propios militantes quienes replicarían este modelo de acción política.

El rumbo ideológico estaba claramente definido y el Partido tenía claro que la lucha ideológica era una batalla cultural que tenía que librar para conseguir el cambio y la transformación política que anhelaba. Todo esto lo hizo dentro de los límites del institucionalismo y las normas democráticas, que aunque autoritario el sistema, decidió jugar en los límites de éste.

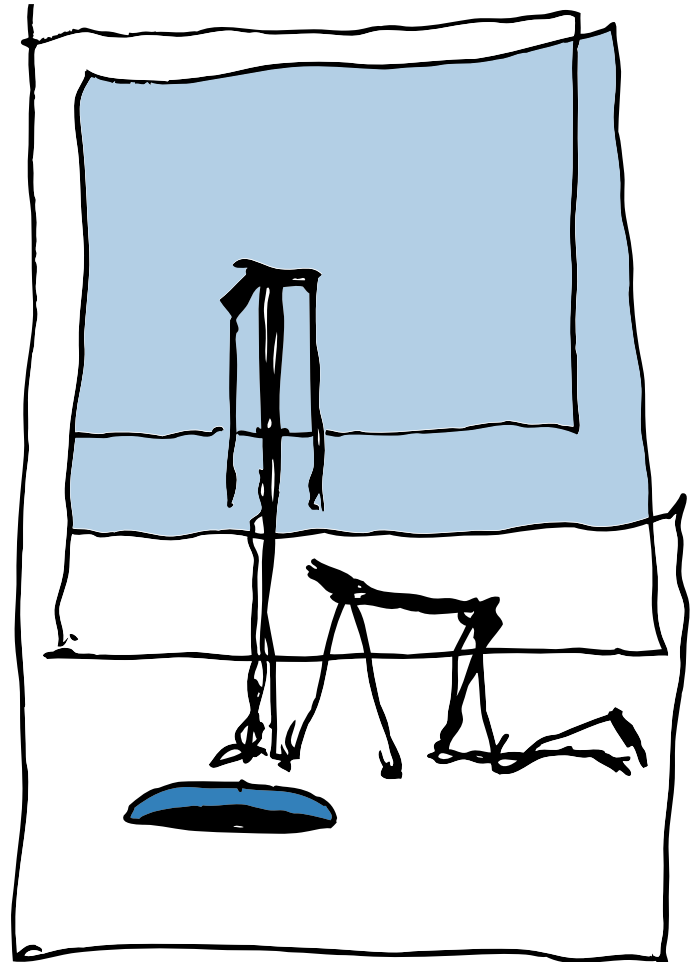
Los liderazgos carismáticos jugaron un papel aglutinador y no solamente eran líderes legítimos al interior del propio Partido, sino también, hacia afuera. El Partido Acción Nacional ejerció un liderazgo carismático en el ámbito del sistema político mexicano que lo dotaba de legitimidad en la búsqueda del poder y en la persecución de sus objetivos. Al tener clara la ruta programática y de acción ideológica y política, pesaba sobre su actuar la legitimidad de quien sabe lo que hace, y además, es social y políticamente aceptado.

No obstante lo anterior, el partido, debido a una serie de cambios en el sistema político y a su llegada al poder en el año 2000 (en la Presidencia de la República), enfrentó un proceso de cambio donde sus élites comenzaron a dividirse y por tanto a tener retrocesos electorales y

políticos importantes. La coalición que domina al Partido desde su interior se dividió y comenzó por ejercer la acción política sin un rumbo ideológico claro. En este sentido, la división interna y las prácticas fuera de las normas democráticas, así como la influencia de líderes, pero no carismáticos, sino manipuladores, y el abandono de cuadros para ocupar posiciones en otros ámbitos, han postrado al partido en una honda crisis ideológica y política.

Tiene frente a sí dos escenarios: continuar con la ruta que lleva, donde la división prevalece y el retroceso se hace patente; sin la existencia de una ruta ideológica consistente que provea de objetivos claros a la acción política y la falta de un factor que aglutine a todos los sectores. De seguir así, está condenado al fracaso. Pero no hay ruta intermedia.

El otro escenario posible, y solamente hay este otro, es romper con los vicios y hacer un ejercicio de autocrítica profunda. Descubrir las prácticas antidemocráticas, usurpadoras y abusivas de los líderes que han manipulado a la militancia a favor propio y la erradicación de ello, así como el nuevo trazo de una ruta ideológica que otorgue certeza a la conducta política y por ende logre la unificación de la coalición que le gobierna, podrían llevar a Acción Nacional a nueva posición. Pero es un juego de todo o nada. La suerte aún no está echada. **B**



Referencias:

- Easton, D. (2001). Categorías para el análisis sistémico de la política. Albert Batlle (Ed.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 221 – 230). España: Ariel.
- Lipset, S. (2001). Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política. Albert Batlle (Ed.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 113 – 150). España: Ariel.
- Panebianco, A. (2000). Modelos de Partidos. *Organización y poder en los partidos políticos*. Ed. Alianza. Madrid, España. Pp. 315
- Scheufele, D.A. y Moy, P. (2000). Twenty-Five years of the Spiral of Silence: a conceptual review and empirical outlook. *International Journal of Public Opinion Research*, Vol. 12, No. 1. World Association for Public Opinion Research.